

MÁS ALLÁ DEL DESVÁN

Estoy tan vieja... y es tan empinada la escalera para subir al desván, que tengo que agarrarme con todas mis fuerzas a la barandilla para no caer al vacío. No hay luz arriba, solo dos pequeños luceros de cristales velados, allí al fondo, por los que apenas se cuele una brizna de sol. Además hace ya tiempo que llegó el invierno, la última estación del viaje, y ahora los días son tan efímeros y grises... que incluso con gafas el desván ha quedado sumido en una eterna penumbra de cuento de hadas.

Una vez arriba hay que tener cuidado de no tropezar con todas esas palabras-cachivaches atravesadas de cualquier manera; palabras afiladas, oxidadas y fuera de contexto, palabras olvidadas, recordadas, gastadas, vetustas y apolilladas... Me gusta, siempre me ha gustado, estirar mis manos mariposas blancas y tantear las tinieblas del desván, como una niña jugando a la gallinita ciega. Nunca pierdo la esperanza de atrapar... quién sabe, quizás esa palabra milagrosa con poder para resucitar un antiguo sueño imposible, o quizás esa palabra *alibabaína* capaz de revivir un atardecer de juventud.

Entre telarañas, viejas canciones, álbumes de fotos en blanco y negro y polvorientos *souvenirs* recorro casi a ciegas el desván; cojo una palabra

aquí, otra allá, y así, a vuelapluma, voy llenando mi cesta. Nada más regresar a mi habitación vacío la cesta sobre mi escritorio, impaciente como un ladrón que hace recuento de su botín. Incluso a mi edad me suelo llevar cada sorpresa...

Nunca olvidaré la primera vez que encontré la palabra *amor*. Yo tendría entonces... doce, tal vez trece años. Llevaba la melena -que ahora es de un blanco de brezo escarchado- negra, larga y suelta, como una antorcha oscura agitada al viento. Era un día de finales de verano. Estaba alojada en el albergue de Urdiñola, aquel pueblecito al que mis padres solían llevarme a veranear. Desde mi habitación del albergue se veía a lo lejos el mar, cuando de la nada del desván apareció... *amor, amor...* Tanto pronuncié esa palabra, en susurros, a gritos, en sueños, tanto usé la palabra *amor* que se me fue desgastando, marchitando, haciéndose más y más pequeñita, hasta que un día de invierno descubrí que la pobre había quedado reducida a una diminuta montañita de polvo azul...

Pero entonces yo recogí con mucho cuidado el polvo de *amor* en una cuartilla de papel, plegué el papel y lo guardé entre las páginas de mi diario, en la estantería derribada sobre la bicicleta rota. Adivina qué milagro; resulta que al cabo de los años, por pura casualidad, encontré de nuevo aquella hoja de papel en mi viejo diario. Desplegué la hoja y volvió a resurgir CHASS... la palabra *amor*, entera, mágica, reconstruida de sus cenizas, más

devastadora y hermosa que nunca.

Con el tiempo he comprendido que el desván está organizado con una cierta lógica, que su aparente caos conlleva una especie de... orden. He descubierto por ejemplo que las palabras para nombrar lo invisible (*música, viento, Dios, frío*) suelen estar yendo hacia la izquierda, y las palabras para lo visible (*hojarasca, estrella, rosa, lágrima*) aguardan desperdigadas por el lado derecho. Luego, en los rincones más abisales, a veces una se encuentra con esos baúles herméticos que contienen auténticos tesoros; tesoros como *luciérnaga, nieve, sonrisa, fuego, mar, soledad...*

Cuando era joven y escribía poemas subía muy a menudo al desván. Era para mí todo un acontecimiento acariciar, apenas con la yema del bolígrafo, o con la punta de la lengua, alguna de esas palabras-tesoros...

Han transcurrido muchos inviernos de esto, y sé que pronto, muy pronto, una tarde cualquiera, bajaré del desván con la última palabra, la palabra *muerte*.

Pero lejos de sentir miedo, me invade una cierta placidez, y hasta un poco de curiosidad; quizás porque me acostumbré a pasar muchas horas en el desván, con la única compañía de las palabras, o porque alguien a quien amé me dio su palabra de que más allá del desván encontraría otros desvanes, con infinitas palabras nuevas, esperando a ser descubiertas...

Título: "Más allá del desván"

Lema: *Bianca neve senza vento*

xatxalish, krasdelang, vantwiñas... y mi nombre... cómo sonará allí mi nombre,
pronunciado otra vez con amor por los labios del viento...

*